

CULTURA

La rebelión de los objetos

Víctor Pliego

SE SUPONE que los objetos no tienen alma, pero Chema Madoz es capaz de retratarlos con una insólita penetración psicológica, como si la tuvieran. Posa sobre ellos una mirada mágica, cargada de poder, de manera que los convierte en objetos cambiantes, que aspiran a ser algo distinto de lo que son, que se rebelan contra su humilde destino. Las fotos están realizadas con aparente frialdad, son austeras y clasicistas, siempre en blanco y negro, con el motivo encuadrado en espacios luminosos y neutrales.

Los objetos fotografiados declaran desde su modesta condición aspiraciones inesperadas, a veces trágicas, a veces cómicas, otras, delatorias. Se transforman en lo que no son: la cuchara en tenedor, la horquilla en ojo, la piedra en hormiga, el ladrillo en cajón, las tijeras en avión, el tiesto en árbol, el dedal en joya... Hablan alto y claro sin romper su obligado silencio, aunque no es raro descubrir en estas fotografías alusiones al mundo de la música: hay notas, claves, instrumentos.

Madoz es nieto de Duchamp, es hijo de Brossa, es descendiente de artistas que se remontan a la poesía visual del barroco, a la iconografía medieval o, incluso, a la escritura egipcia. No son las suyas fotos casuales, sino elaborados discursos visuales, trazados con elegancia y con magistral sencillez, con precisión quirúrgica, con una limpieza absoluta, mostrando ingenio, humor y poesía.